

*HISTORIA JENERAL DE CHILE POR DON DIEGO BARROS ARANA.—Artículo escrito por don Miguel Luis Amunátegui sobre esta obra, que está principiando a publicarse en Santiago.*

*La Historia Jeneral de Chile* que don Diego Barros Arana ha principiado a publicar es una de aquellas obras que honrarian a cualquier país i que darian lustre a cualquiera literatura.

Su aparición es un verdadero acontecimiento.

Las doscientas setenta páginas del primer tomo que tenemos a la vista permiten perfectamente conjeturar lo que será el resto.

La simple lectura de esas páginas revela que su autor posee verdaderas dotes de historiador i una larga i aprovechada preparación.

Esa obra es el fruto, no de una improvisación mas o ménos brillante, en la cual se ostenten los primores de la fantasía, sino de una investigación paciente i sagaz, en la cual se manifiestan juntamente la extraordinaria laboriosidad i el recto criterio.

Efectivamente, Barros Arana ha empleado sin interrupción cerca de cuarenta años en estudiar los impresos i los manuscritos referentes a la historia nacional.

Ha gastado un caudal para acopiar libros i documentos, i ha emprendido viajes para consultar archivos.

No se ha contentado, como otros, con formar colecciones de libros i de manuscritos, a título de preciosidades, por el gusto de tenerlos bien guardados en lujosos estantes, como suele hacerse con las de medallas o de objetos naturales.

Nó, de ninguna manera.

Los ha leído i releído, los ha hojeado una i otra vez, los ha comparado, los ha rectificado unos por otros, los ha traqueado como un alumno aplicado los textos escolares.

I ha podido satisfacer esta afición con tanta mas comodidad cuanto que posee una maestría admirable para descifrar las letras peor trazadas.

Le hemos visto ejecutar en este punto cosas que nos han asombrado.

Barros Arana tiene una calidad injénita, perfeccionada con el continuo ejercicio, la cual le ha llevado a sacar el mayor provecho de su vasta i variada lectura: una memoria felicísima.

No olvida nunca lo que ha leído u oído.

Conserva almacenadas en su espíritu las fechas, las denominaciones, las mas pequeñas particularidades.

A todo lo espuesto se agrega en Barros Arana un sólido conocimiento de los sistemas i progresos de la jeolojía, de la fosilojía, de la lengüística, de la etnografía, de la antropolojía, de los estudios sobre las antiguas minas.

Así, estaba espléndidamente preparado para realizar con acierto la obra monumental que ha empezado a publicar.

Quien quiera que recorra las doscientas setenta pájinas dadas a luz, tendrá la complacencia de confesar que el autor no ha defraudado las expectativas de los lectores.

Barros Arana se ha propuesto escribir lo que podria llamarse una historia *científica*.

Con tal fia ha fijado especial atencion en no consignar en ella sino los hechos, a su juicio, debidamente comprobados.

Sin exigir que se preste crédito a su sola palabra, por respetable que ella sea, espresa en notas concisas, pero mui bien redactadas i mui comprensivas, tanto los fundamentos de sus aseveraciones i opiniones como las autoridades en que se apoya.

Este bien concebido sistema pone al lector en aptitud de practicar por sí mismo, del modo mas espedito, cuantas comprobaciones crea convenientes.

Aunque el principal propósito de Barros Arana es referir hechos, muchos de los cuales no se conocian, o se conocian mal, sin embargo se esmera al mismo tiempo por señalar las causas a que deben su orijen i las consecuencias que han traido.

El método que sigue, es pues, el *narrativo filosófico*; en nuestro concepto, el mas conveniente i el mas provechoso.

La parte publicada de la *Historia jeneral de Chile* comprende un prólogo i diez capítulos completos.

Barros Arana esp lana en la introduccion ideas mui sensatas sobre el modo de escribir la historia, en las cuales no nos detendremos, porque, no disponiendo de todo el espacio necesario, preferimos discurrir acerca de la materia desenvuelta en cada uno de los capítulos.

El primero de los de la primera parte, titulado: *La cuestion de oríjenes*, nos ha interesado sobremanera.

El autor resume en él con notable claridad, i sin perderse en pormenores demasiado técnicos, propios de sabios, pero no de lectores comunes, el estado de los actuales conocimientos relativos a la existencia del hombre en el suelo americano.

Los huesos humanos fósiles descubiertos en diversos lugares han venido, no solo a manifestar que, en este continente, el hombre ha sido contemporáneo de los grandes mamíferos estinguidos, sino a hacer tener por muy probable el que haya existido durante los últimos tiempos de la época terciaria.

Las ruinas gigantescas que se han descubierto en diferentes puntos del que con inexactitud, según parece, se ha denominado *Nuevo Mundo*, han suministrado razones de peso para suponer que, cuando el denominado *Viejo Mundo* estaba habitado por salvajes nómades de la edad de piedra, la América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades grandiosas.

Esa civilización primitiva, producto de una serie incalculable de siglos, parece haber sido derrocada por algo semejante a la invasión de los bárbaros, por la cual fué derribado el imperio romano.

A la llegada de los europeos principiaban a levantarse por entre las ruinas i los escombros de esa antigua civilización centros vigorosos de otra que empezaba a retoñar, como las de Méjico i del Perú.

Creemos suficientes estas indicaciones jenerales para hacer comprender cuál es el curioso i atractivo asunto del capítulo primero.

Barros Arana no se ha ceñido a esponer i comprobar en él los resultados obtenidos por la ciencia moderna, sino que también hace un compendio de las hipótesis imaginadas para esplicar la población de la América.

Este capítulo es una excelente vulgarización de los hechos prehistóricos referentes a este tema, averiguados i estudiados hasta ahora.

La composición muy bien elaborada de las veintisiete páginas de que consta, ha exijido indispensablemente al autor la lectura de muchas obras, entre las cuales figuran principalmente las de Quatrefages, Lund, Nardailac, Bancroft, Lyell, Ameghino, Lubbock, Burmeister, Joly, Luciano Adam, Baidwin, Squier, Prescott, Mitre, Francis A. Allen, F. Burton, Ranking, Muller, Whitney, Letourneau, La Peyrère, Morton, Agassiz, Haeckel, Roussell Wallace, Virchow, etc., etc.

La precedente lista de autores servirá para patentizar la inmensa labor que la redacción de su primer capítulo ha impuesto a Barros Arana.

El capítulo segundo, denominado: *El territorio chileno, sus antiguos habitantes, los fueguinos*, trata de cuestiones, sino tan gran-

diosasi tan imponentes, por lo ménos tan interesantes como las del primer capítulo.

Después de dar a conocer los caracteres físicos del país, Barros Arana hace una esposición razonada de las hipótesis que se han inventado para determinar el origen de los indígenas chilenos.

Dilucidando la cuestión de la unidad de raza, se adhiere resueltamente a la opinión admitida de que esa unidad existía sin duda alguna por lo que toca a la población que habitaba desde el paralelo 25 hasta el 44.

La circunstancia de que toda esa población empleaba un mismo idioma, es un argumento concluyente en favor de esta tesis.

Barros Arana opina que, a pesar de que bien pudiera suceder que esa unidad se extendiera a la población meridional de que en el día los fueguinos son casi los últimos representantes, esto no se puede asegurar con la misma certidumbre.

Si ello fuera efectivo, los actuales habitantes de la Tierra del Fuego nos ofrecerían un cuadro vivo de lo que muchos siglos atrás fué la sociedad en nuestro país; pero esta ventaja, mas o ménos apreciable, sería pagada demasiado cara por la repugnancia instintiva e irresistible de estar ligados siquiera con un parentesco remoto a esos salvajes repelentes, fétidos, estúpidos, parecidos a bestias, los cuales no retroceden ante alimentarse, no solo con carne humana, sino con la carne de las viejas de sus propias familias.

Los fueguinos no se hacen perpétuamente la guerra unos a otros a fin de procurarse prisioneros con que saciar el hambre.

Los hombres devoran las piernas; las mujeres los brazos i el pecho; el tronco del cuerpo es arrojado al mar.

Los fueguinos tienen festines, si cabe, aun mas horribles.

Léase lo que Barros Arana escribe acerca de esto:

«En invierno, cuando les faltan otros alimentos, devoran a las mujeres viejas. Un viajero preguntó a uno de esos isleños el por qué, en tales circunstancias, no preferían el comerse sus perros. —Los perros cazan las nutrias, contestó el salvaje, i las viejas no cazan nada. I en seguida comenzó a contar cómo se les daba muerte, poniendo en el humo de sus fogatas la cabeza de la víctima para sofocarla ántes de comenzar a distribuirse sus miembros, e imitaba riendo las contorsiones i los gritos de esas infelices. —Por horrible que sea semejante muerte, dada por la mano de sus parientes i de sus amigos, observa Darwin, es mas horrible aun el pensar en el terror que debe asaltar a las viejas cuando comienza a hacerse sentir el hambre. Se nos ha contado, agrega, que ellas se

fugan a las montañas; pero los hombres las persiguen i las arrastran al matadero, que es su propio hogar».

El capítulo tercero denominado *Unidad etnográfica de los indios chilenos*.—*Conquista de los incas en Chile*, trata de un modo muy completo, i con bastante novedad, la invasión i la ocupación de Chile por los antiguos peruanos.

La población de nuestro país debió estar hasta entonces poco mas adelantada de lo que en el día se encuentran los fueguinos.

Barros Arana manifiesta la inmensa i benéfica influencia de la conquista peruana.

Entre los grandes bienes que trajo consigo, deben enumerarse los que a continuación se espresan.

Los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos por medio de canales que sacaban de los rios, lo que permitió utilizar terrenos que no producian nada en la estación seca del año.

Enseñaron prácticamente los principios de la agricultura.

Importaron algunas semillas que produjeron los mas favorables resultados, i entre ellas dos que fueron de la mayor utilidad, el maíz i el pallar.

Importaron las llamas, que servian a un mismo tiempo de alimento i de bestias de carga.

I aunque la crianza de estos animales no prosperó en Chile, el ejemplo de lo que se hacia con ellos influyó para que se domesticaran los guanacos, los cuales prestaron servicios análogos.

Los peruanos enseñaron a utilizar la lana de las llamas, de los huanacos i de las vicuñas, en la fabricación de tejidos toscos i groseros sin duda, pero superiores a las pieles con que hasta entonces se vestian los chilenos.

Introdujeron la alfarería o fabricación de vasijas de barro.

Plantearon en diversos puntos del territorio lavaderos de oro, que produjeron productos considerables.

Fomentaron un desenvolvimiento intelectual mas estenso.

Chile despues de la conquista llegó a ser mucho ménos bárbaro de lo que era ántes de ella.

Barros Arana ha consignado en una de las notas de este capítulo una apreciación crítico-bibliográfica de los historiadores, o mejor dicho, de los cronistas de la conquista de Chile por los incas.

Barros Arana dedica los capítulos cuarto i quinto, ó sea, los dos últimos de la primera parte de su obra, al *Estado social de los indios chilenos* al tiempo de la invasión española.

En el capítulo cuarto estudia la familia, la tribu, la guerra; i en el quinto la industria i la vida moral e intelectual.

Barros Arana ha cuidado de expresar cuál es el poderoso motivo que ha tenido, con mucha razon, en nuestro concepto, para destinar dos capítulos a la materia mencionada:

«Hemos consagrado, dice, algunas páginas a la descripción de las costumbres de los indios chilenos, no por satisfacer un vano interés de curiosidad, sino por la importancia que este estudio tiene ante la ciencia social. Obedeciendo a un pensamiento profundamente filosófico, se trabaja en nuestros días por construir sobre hechos bien estudiados la historia del camino que han seguido las agrupaciones humanas para alcanzar al desarrollo intelectual i moral en que se encuentran las sociedades mas adelantadas. Este estudio, al cual sirve de ejemplo comprobativo la observación de las costumbres, de las ideas i de las preocupaciones de los pueblos bárbaros, ha producido los resultados mas sorprendentes para reconstruir la historia de la civilización, de la industria i de las ideas morales.

«Creemos por esto que nuestro cuadro, aunque sumario i quizá incompleto, pero que contiene las noticias auténticas que nos han dejado los mejores observadores, puede ser de alguna utilidad para los que estudian seriamente la historia del desenvolvimiento de la humanidad; i que era tanto mas necesario bosquejarlo cuanto que, en la mayor parte de las obras de conjunto que conocemos sobre esta materia, solo hemos encontrado datos deficientes o equivocados acerca de los indios chilenos».

Estamos en perfecto acuerdo sobre la exactitud de las observaciones precedentes i nos felicitamos de que el autor las haya tenido presentes al redactar su obra.

Barros Arana nota con mucho fundamento que, no obstante la nombradía adquirida a los araucanos en el orbe literario por el famoso poema del insigne Ercilla, son contados los escritores que se han ocupado de ellos con especialidad, i sobre todo con conocimiento cabal de lo que referian.

La jeneralidad de los cronistas han tenido solo noticias imperfectas de las costumbres de estos indígenas, o no han apreciado con mediano criterio su estado social.

Barros Arana invoca como comprobación de su aserto el hecho de que consideran al toqui i aun al vice toqui como jefes revestidos de un poder estable i vitalicio.

Así, se han formado listas ordenadas i cronológicas de dichos jefes, que eran solo accidentales o temporales.

Barros Arana exceptúa con justicia de esta censura al capitán Alonso González de Nájera, autor del libro titulado *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*; a Francisco Nuñez de Pineda i Bascañan, autor del titulado *El cautiverio feliz*; al padre Diego de Rosales, autor de la *Historia jeneral del reino de Chile*; al padre Miguel de Olivares, autor de la *Historia militar, civil i sagrada de Chile*; a don Juan Ignacio Molina, autor de la *Historia civil del reino de Chile*; a don Ignacio Domeyko, autor de la *Araucanía i sus habitantes*; a Mr. Edmond Renel Smith, i al reverendo J. G. Wood, autores de dos obras norte-americanas; a don Pedro Ruiz Aldea, autor de *Los araucanos i sus costumbres*, i a don José Toribio Medina, autor de *Los aboríjenes de Chile*.

El capítulo primero de la segunda parte versa sobre *Hernando de Magallanes*.

Barros Arana ha dado a luz en 1864 un volúmen sobre la materia de este capítulo, volúmen que ha sido citado con elogio por distinguidos escritores, i de que se han publicado traducciones en idiomas extranjeros.

El capítulo a que aludimos es el resumen de ese libro, con mas las nuevas noticias que una investigación perseverante ha procurado al autor.

El capítulo segundo contiene una relacion bien hecha de las *Espediciones de Loayza i de Alcazaba*.

El tercero refiere la de *Diego de Almagro*.

Barros Arana ha fijado con mas precision que ningun otro ántes que él el itinerario i la cronología de esta espedicion.

Los capítulos cuarto i quinto narran la *Espedicion de Pedro de Valdivia* hasta el año 1543.

Don Diego Barros Arana ha tenido el honor de renovar, por decirlo así, toda esta parte de la historia de Chile con los datos i documentos que dió a conocer en su precioso libro titulado *El proceso de Pedro de Valdivia*.

Así no tiene nada de sorprendente el que haya ejecutado de una manera majistral esta porcion de su importante obra.

Estamos ciertos de que todos los lectores sentirán como nosotros el haber tenido que interrumpir lectura tan amena i aguardarán con impaciencia la aparicion de la segunda entrega.